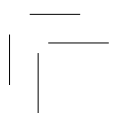




LAS LAGARTIJAS HUELEN A HIERBA



CRISTINA  
SÁNCHEZ-ANDRADE

LAS LAGARTIJAS  
HUELEN A HIERBA



Primera edición: abril, 2024

© del texto: Cristina Sánchez-Andrade, 1999

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S. L., 2024

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz (LaPatry Cruz)

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S. L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Kadmos, S. C. L.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-10234-05-5

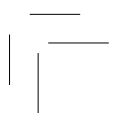
Depósito legal: M-9128-2024

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.



Daniel, las viejas son para ti.



*La muerte me parece hoy  
como el lugar de reposo para un enfermo,  
como salir al aire libre tras estar encerrado.*




*La muerte es hoy para mí  
como el olor de la mirra,  
como sentarse bajo un toldo un día de brisa.*

*La muerte es hoy para mí  
como el olor de las flores de loto,  
como sentarse a la orilla del País de la Embriaguez.*



*La muerte es hoy para mí  
como un camino llano,  
como la vuelta a casa después de un viaje.*

*(Diálogo de un desesperado con su alma)  
Egipto, 2190-2040 a.C.*





En verano, el pelaje verde de la colina y las cachitas del culo de las niñas se ponen prietos y naranjas. En verano, el río mengua y a las niñas de pecho plano les despuntan las tetitas lindas, lindísimas, y van creciendo en silencio, redondas, rosas, suaves, mientras el río discurre lentamente, arrastrándose como un torpe reptil, día tras día, y un día, al final de ese verano, cuando el cauce está tan seco y cuarteado como los labios de una vieja, y solo queda una estrecha lengua de agua con olor a hiel y a algas, las tetitas se convierten en un fruto lujurioso y surcado de venas, cuando en la colina, junto al río, está medrando el espinoso de ramas erectas y de pinchos recios, y las niñas juegan en las aguas sin cuerpo, junto a los frutos rellenos de pepitas venenosas, y chapotean en el flujo sosegado y fangoso con aspecto de caldo de verdura.



En verano, las ranas se desperdigan en manchas verdes palpitantes, aliviando el dolor de un paisaje seco y duro y las mariposas viejas caen exhaustas al suelo, y las chicharras, como las niñas, como la niña, chillan bajo un suelo descarnado, y los insectos, como la ira de la niña, crepitan rojos bajo el sol, y los árboles junto al río están extenuados y se vuelven enanos de calor, mientras las niñas crecen. Y crecen.

El sol, en verano, sofrena la pelambre de la colina, y la inmoviliza y la aplana y el cielo se aplasta contra el suelo y no hay aire y la tierra arde, despidiendo un aroma a piel de mujer, a piel de niña.

Y, si se posa en ella, en la tierra, en la piel, un oído, allá desde lo más hondo, sube, en burbujas grandes y pequeñas, contrayéndose y dilatándose, un frágil bisbiseo.

De niña.

O de niño.

Pero esta tarde, por vez primera, el calor no tiene color.

Ni olor.

Un niño oscuro se mete en el río y sus ojos blancos resplandecen.

Una rana gorda emite un croar desgastado.

La atrapa, las algas flotan en la superficie como trapos sucios a la deriva, el niño oscuro la atrapa y la rana se escurre de sus pequeñas manos, cae al suelo, alarga las ancas, saca la pechera, límpida y lisa, y salta, introduciéndose de nuevo en el barro. El niño vuelve a la orilla, el fango le ha marcado un aro negro, perfecto, en cada pierna.

—Ahí tienes otra.

Dice la niña Fernanda. Ahí una gorda.

Fernanda habla con una voz de volumen extraño, como quebrada por el calor. También Fernanda tiene ancas y el vientre hinchado. Como las ranas. Lleva unos zapatos rojos de charol y un vestido de tirantes azul al que ha hecho un nudo para avanzar en el agua y sus ojos son azules y se le ven las cachitas prietas y naranjas.

Entra en el agua. Tiene las bragas sucias. Chapotea, abriéndose camino entre el fango, meneando levemente sus tetitas,

entre las aguas turbias de barro, hasta llegar a la otra rana. La niña Fernanda es una niña pálida, inmóvil y blanca, casi ingrávida. Parece una garza de plumaje blanco.

—Yo te enseñaré cómo atraparlas.

Dice.

—¡Ven!

El hermano, Luisito, arruga la cara. Se coloca junto a ella. El ojo negro del animal observa a los niños, el sol cae vertical sobre su lomo verde y brilla como una esmeralda y el latir de sus tripas se acelera. De pronto, salta. Un salto pequeño. Sin fuerza. La tengo. Ves. Dice Fernanda. Tienes que atraparlas en el aire, cuando saltan. Toma. Cógela.

Luisito hace un hueco con sus manitas y acoge a la rana. La rana se hincha y deshinchas como un globo. Se mueve levemente. Al niño le gusta el cosquilleo.

—Bésala, Fernanda.

Dice.

—Y se convertirá en príncipe.

La niña Fernanda se desata el nudo del vestido y los pliegues caen, cierra los ojos, echa los brazos atrás, aprieta los labios e inclina el cuerpo. ¡Qué asco! Dice. Y abre los ojos. Esta rana tiene verrugas, como las viejas.

—Sí, como las viejas.

Dice Luisito, saltando y girando sobre el mismo pedazo de tierra reseca.

—¡Como las viejas, como las viejas, como la viejas!

Hay un silencio solo quebrado por el aleteo de un grajo que, a pesar del calor, vuela bajo.

—Mátala.

Dice Fernanda. Con sequedad, de pie, inmóvil, con los brazos aferrados al cuerpo. El gesto severo.

-¡Mátala!

-¿La mato?

-Sí.

-La quería llevar a casa...

-Es gorda y tiene verrugas, debe morir. Mátala.

-Yo no sé matarla.

-Aprenderás.



Esta noche no hay estrellas y el río viejo y la mariposa vieja  
reposan tranquilos. Una niña azul y un niño sordo cavan una  
fosa en el jardín